

la puerta. Un francés, un zuavo, el viejo Récal, quitaba las bayonetas y rompía con un cuchillo las ligaduras que hendían la carne del capitán.



— Levántate, hombre, que estás libre, dijo Récal.

— ¿Qué dice? preguntó Pancho frotándose los ojos y dudando de sus orejas.

— Que estás libre. El Emperador te ha indultado.

Se apoyó en el hombro de Récal, pudo llegar hasta un poyo del corredor, sintió que le faltaban las fuerzas, y

poniendo la frente sobre las manos, se desmayó por un buen rato. Al despertar vió á un jefe francés que le contemplaba desdeñosamente y le oyó decir:

— El Emperador ha de perder el trono, como Luis XVI, por causa de las condescendencias. Indultar á estos bandidos no será nunca un buen paso.

— Pero ¿no sabe usted que se interesó por él nada menos que el prefecto?

— ¿Y á santo de qué?

— Ya usted se lo figura: á santo de que nosotros teníamos interés en castigarle.

— Pero ha de haber otra razón.

— Sí, dicen que telegrafió á Maximiliano el señor de Teresa.

— De todas maneras él va dispuesto á seguir en sus picardías.

Pancho volteó por la calle de Infantes, y al pasar frente á la plaza le ofendió la vista la insolente claridad de aquella mañana llena de sol, alegre y coruscante. Una multitud endomingada recorría los portales y las banquetas, y sobre el verde luminoso y encerado de los árboles del paseo, detonaban farolillos, flámulas y gallardetes, y mástiles enormes lucían su vestidura verde esmaltada aquí y allá con flores amarillas ó moradas... Un olor balsámico y penetrante llenaba los aires recordando el de la selva anárquica y primitiva en que se reunen y amalga-



man el sérpol, el hinojo, la salvia y el mastranzo, mientras envía al cielo su ofrenda de aromas el pino recto y elevado como una noble aspiración al ideal.

Pancho advirtió entonces que aquel día era el diez y seis de Septiembre, y pudo recordar, arañando la memoria, que al desmayarse había oído decir al carcelero que su libertad tenía por motivo el perdón concedido por el Emperador por ser el día de la fiesta del día.

Fué á su casa y allí se halló al inimitable Campardon, que estaba encantado por la libertad del muchacho.

— Alguna imprudencia, dijo en tono de amonestación y fingiendo mal talante... ¿Qué te parece? Por poco no la cuentas... Las chicas desoladas y deseosas de coger por su cuenta al vil delator... ¿Y te figuras quién sería el que te llevó ese soplo?... ¿Chastel? No, hombre, ese no; échasela á otro cualquiera, pero no al pobrecillo de Chastel, que es más bueno que el pan y más petulante que un pavo real... Vamos por allá, y quédate en casa hasta que sea menester, que tienen que venir grandes cosas... Por tus imprudencias retardaste algo que debía haber sucedido sin falta el 15 de Septiembre; pero quizás ahora no sea tarde.

Violette recibió á Pancho poniéndose como unas granas, trocando después su rubor en una palidez de difunto, y al fin echándose á llorar cual viuda desconsolada. Se conocía que la presencia del padre le estorbaba para decir lo que hubiera querido.

Pero más tarde, á la hora que los dos quedaron solos, la muchacha, que no carecía de explicaderas, habló claramente á Olivos.

— Sé casi todo lo que ha pasado y comprendo lo que me falta. Nada tengo que decirte sino que vivas confiado en mí y en mi cariño. Ni Chastel ni todo su regimiento, ni todo el ejército, pueden conseguir que deje de quererte... Aquí, en otra parte, á tu lado, ausente, sola ó contigo, soy tuya y seré tuya... Vive seguro de mí y no abrigues temor... Haz tu deber y cuando desees que marche á tu lado, allí me tendrás presente...

Y había tal acento de verdad en aquella linda boca, tal sinceridad en aquella mirada azul y profunda, tal expresión de firmeza en aquella voz todavía infantil y sin malicia, que había que creer ó que matar á la francesita. Pancho optó por aceptar al pie de la letra todas aquellas declaraciones, seguro de que contaría con Violette en cualquier tiempo y á cualquier hora.

El 20 de Septiembre, Campardon le advirtió discretamente:

— Ten cuidado, abre mucho los ojos esta noche, que puede pasar algo serio. Ten cuidado.

Olivos empleó el día en alistar los caballos, en corregir los desperfectos de las monturas y en llenar con buena cantidad de provisiones las cantinas y los morrales. Permaneció esperando toda la noche, oyendo en la lejanía el



sonar de una música que le llevaba notas aisladas de una fiesta: parecían las voces de un diálogo á distancia.

A las doce se le figuró que la espera resultaba larguísima. Se asomó al zaguán y sólo vió un borracho que pasaba y á una pareja que huía temerosa de la próxima lluvia. Ensilló los caballos, les mantuvo del diestro un buen rato, y al último, pensando que así se haría menos pesada la espera, sacó las bestias poco á poco y las puso bajo un cobertizo del corral, listas las espuelas, las cuartas en su sitio, los bocados en el hocico de cada animal, y todo dispuesto para emprender la fuga á la hora que se necesitara. Entornó la puerta que comunicaba el corral con el patio y luego se entretuvo en mirar una serie de cohetes de luz que subía del rumbo donde se escuchaba la música, resultando una combinación curiosa el sonido de las notas, que como ánforas repletas de oro se volcaban dulcemente en los oídos, y la vista de los cohetes multicolores que como ánforas de luz derramaban cerca de los ojos su lluvia de chispas encandilándoles y produciendo un momentáneo deslumbramiento.

Poco después oyó tocar la puerta suavemente. Eran dos embozados que sin decir palabra se colaron á la casa.

— Este es, señor comandante, este es el bandido que conspira contra el Gobierno, exclamó Chastel al empujar la puerta.

— Sujétemele usted, tenga cuidado que no se escape, dijo el otro.

— No se me escapará; de mi cuenta corre que no se escape. Aquí tengo con que hacerme respetar, y enseñó



á Pancho una pistola Lefauchaux cargada hasta la boca... Ahora las pagas todas... A la vuelta tenemos fuerza que nos ayude y no dudes que te costará cara la resistencia que intentes... Cogemos dos pájaros de un tiro: tu general, que está aquí escondido, porque se acaba de escapar de la celda en que estaba preso, y tú



que me las vas á pagar todas... A ver si ahora te salva otra vez la clemencia del...

No acabó de decir del Emperador; Pancho Olivos se abalanzó sobre él y le introdujo por el vientre un agudo puñal que llevaba listo. Sin detenerse un punto se dirigió á la pieza vecina, donde el comandante registraba papeles y hurgaba debajo de la cama del mozo, y cerrando la puerta echó doble vuelta á la llave, que estaba pegada en la cerradura.

En ese momento tocaron al zaguán y Pancho pensó que podría ser el auxilio de que le había hablado Chastel; pero cuando se acercaba á las hojas de madera oyó dos golpes dados con los nudillos, y una voz conocida que le decía:

— «Abra».

Pancho no pudo celebrar la presencia de Porfirio, ni darle cuenta de lo que había pasado, ni explicarle por qué un hombre se moría en el zaguán y otro golpeaba con rabia la puerta de una pieza amenazando derribarla. Entró al corral, enseñó á Porfirio las caballerías apostadas bajo el cobertizo, examinó frenos, apretó cinchas y luego que vió montar á su general, subió al magnífico caballo que tenía preparado.

Salieron á buen paso, evitando la fuerza apostada en las inmediaciones, recogieron al guía que les esperaba en Totimehuacán, y aunque estaban decididos á forzar el

paso de la garita, con sorpresa vieron las puertas de par en par, luz en el interior de la oficina y un caballo apersegado de una argolla del portal.

A las dos horas, cuando el ruido de mil diablos que armaba el oficial preso atrajo á la patrulla vecina, los soldados vieron á Chastel muerto ó sin señales de vida, al comandante saliendo de la pieza vacía y los vestigios de la fuga patentes é indudables.

La noticia se extendió sin demora, y el viejo Boldi, que era un si es no es madrugador y amigo de la caza, regresó á Misieses más trabado, más patuleco y más barrigón que nunca, diciendo á gritos:

— ¡Se escató Torfirio, se escató Torfirio, y el catitán mató á su rival á tuñaladas!

